

Cecily Foster caminaba con paso lento por la calle del pueblo adornada de abetos. Por lo general, caminaba con pasos largos y decididos, pero ese día sentía el efecto de la tarde otoñal, dulce y soñolienta, que la inundaba de placer. Sin ser plenamente consciente, se sentía satisfecha con las circunstancias actuales de su vida. Ya había transcurrido la mitad de su existencia. Pensó en lo que aún le quedaba por delante; todo parecía indicar que llevaría una vida tranquila, agradable y plácida, como aquella tarde, llena de obligaciones para cumplir sin prisa y de días tranquilos e interesantes; a Cecily le gustó aquel panorama.

Cuando llegó al sendero que conducía a su casa, se detuvo, apoyó las manos sobre el cerco blanqueado y disfrutó por un instante de la calidez que parecía encerrar el pequeño valle cubierto de césped y protegido por una ronda de abetos jóvenes.

Ante ella se extendían los campos secos y tristes que descendían por las laderas hasta la arena de la orilla, donde las olas grandes y espumosas lamían la costa con un murmullo que, enhebrado con el silencio del aire, producía una débil melodía.

A la derecha, en la cima del cerro, estaba la casa: la de ella y de Lucy Ellen. Era antigua, gris como el tiempo, con alas bajas, con frontispicios y porches tapizados con enredaderas que, por las heladas de octubre, estaban rojas y doradas. La casa se encontraba rodeada por un semicírculo de abetos viejos y esbeltos: por fuera, desnudos y sombríos por las largas batallas libradas con los vientos del Atlántico, pero por dentro, verdes y tiernos. En el frente, una cerca blanca y pulcra delimitaba el área donde crecían las flores. Cecily observó los canteros de ásteres purpúreos y escarlatas que formaban espirales de colores bajo las ventanas del vestíbulo y de la sala de estar. El cantero de Lucy Ellen era más alegre y más grande que el de Cecily. Lucy Ellen siempre tenía más suerte con las flores.

Vio al viejo boxer durmiendo en el escalón del porche delantero y al gato blanco de Lucy Ellen recostado sobre la ventana del vestíbulo. Fuera de ellos, no había ninguna otra señal de vida. Cecily dio un suspiro lento y profundo de satisfacción.

—Después de tomar el té, arrancaré esas raíces de dalias —dijo en voz alta—. Deberían haber florecido. ¡Qué azul y sereno está el mar! ¡Qué día tan hermoso! Estuve ausente más tiempo del que tenía pensado. ¿Se habrá sentido sola Lucy Ellen?

Cuando Cecily dejó de contemplar el océano brumoso y dirigió la mirada hacia la casa, se sorprendió al ver a un hombre que se aproximaba con aire desenvuelto por el sendero, bajo los abetos nudosos. Lo observó sorprendida. Debía de ser un forastero. Estaba segura de que ningún hombre en Oriental caminaba de esa manera.

—Alguien debe de haber estado molestando a Lucy Ellen —murmuró enojada.

El forastero se acercó con un andar ágil, totalmente ajeno a la manera de caminar de la gente de Oriental. Cecily abrió el portón y entró. Se encontraron bajo el arce de azúcar color ámbar en el corazón del valle. Al pasar, el hombre se sacó el sombrero e hizo una reverencia con una sonrisa amistosa. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, una buena apariencia, aunque vestía ropas un tanto vistosas e irradiaba un aire de prosperidad presumida. Llevaba una pesada cadena de oro y, en la mano que levantó para quitarse el sombrero, un anillo grande. Era calvo, con una frente ancha y un halo de rizos color arena. El rostro se veía rosado y frágil, con una expresión bondadosa; los ojos eran grandes y azules y tenía un pequeño bigote de color pajizo que terminaba en un rulo juvenil.

Cecily no lo reconoció; sin embargo, le encontraba cierto aire familiar. Caminó rápidamente hasta la casa. En la sala de estar encontró a Lucy Ellen espiando a través de las cortinas de muselina. Cuando Lucy Ellen se volvió, Cecily notó en ella un cierto aire de excitación reprimida.

—¿Quién era ese hombre, Lucy Ellen? —preguntó Cecily.

Para sorpresa de Cecily, Lucy Ellen se ruborizó; una ráfaga de color cálido y primaveral le cubrió el delicado rostro como si se tratase de un milagro del rejuvenecimiento.

—¿No lo reconociste? Era Cromwell Biron —contestó con una sonrisa tonta. Si bien Lucy Ellen tenía cuarenta años y, en muchos aspectos, era sensata, a veces no podía evitar soltar una risita tonta.

—Cromwell Biron —repitió Cecily, con un tono de voz inexpresiva. Se quitó el sombrero con movimientos mecánicos, sacudió el polvo de las cintas y de los moños y lo guardó con cuidado en la caja blanca que estaba en la habitación de huéspedes. Se sentía como si hubiese recibido una terrible sacudida y no se atrevió a hacer ninguna pregunta en ese momento. La asustó el hecho de ver ruborizarse a Lucy Ellen: parecía abrirse la vertiginosa posibilidad de un cambio.

—Pero ella hizo una promesa... hizo una promesa —susurró Cecily con furia.

Mientras Cecily se cambiaba de ropa, Lucy Ellen preparaba el té en la pequeña cocina. Cada tanto comenzaba a cantar, pero luego se interrumpía como si se sintiese

culpable. Al oírla, Cecily apretó los labios con fuerza.

—Si un hombre me hubiese dejado veinte años atrás, yo no estaría tan contenta de verlo regresar, sobre todo si estuviese gordo y calvo —agregó. En el rostro se le dibujó una sonrisa involuntaria. A pesar de su expresión seria y su manera profunda de vivir la vida, Cecily tenía un sentido del humor incontrolable.

Aquella tarde, el té no fue tan agradable como siempre. Las dos mujeres solían conversar animadamente. Esta vez, Cecily tenía muchas cosas para contarle a Lucy Ellen, pero no se las contó. Por otra parte, Lucy Ellen tampoco le hizo ninguna pregunta; su excitación mal disimulada la envolvía como si fuese un vestido de fiesta.

El corazón de Cecily ardía de alarma y celos. Sonrió con un poco de crueldad mientras enmantecaba y comía una tostada.

—¿Así que ése era Cromwell Biron? —dijo con premeditada indiferencia—. Noté cierto aire familiar en él. ¿Cuándo regresó?

—Llegó ayer a Oriental —balbució Lucy Ellen—. Se quedará dos meses. Tuvimos... tuvimos una charla muy interesante esta tarde. Hace... hace tantas bromas como antes. Me hubiera gustado que estuvieses.

Era mentira. Cecily lo sabía.

—A mí no —dijo con tono despectivo—. Sabes que nunca le tuve demasiado afecto a Cromwell Biron. Creo que fue bastante descarado en haber venido sin que lo hubieses invitado, después de la manera en que te trató.

Lucy Ellen se ruborizó; se sentía avergonzada. Permaneció en silencio.

—Está muy cambiado —continuó Cecily sin piedad—. ¡Qué calvo... y qué gordo está! ¡Pensar que el elegante Cromwell Biron se volvió calvo y gordo! En realidad, aún tiene esa expresión tímida de siempre. ¿Lucy Ellen, me pasarías la jalea de grosellas, por favor?

—Para mí no está tan gordo —dijo con un dejo de resentimiento, una vez que Cecily se levantó de la mesa—. Y tampoco me importa si lo está.

Veinte años atrás, Biron había abandonado a Lucy Ellen Foster. En ese entonces, era la joven más bonita de Oriental, pero la nueva maestra de la escuela de Crossways resultó ser aún más bonita, con cierto aire seductor que Lucy Ellen no tenía. Cromwell se escapó con la maestra; se casaron y Lucy Ellen quedó sola, recogiendo los restos destruidos de su débil romance.

Jamás tuvo otro novio. Juró permanecer fiel al único amor de su vida. Esto le resultaba romántico y así halló cierto consuelo.

Lucy Ellen se había criado con sus tíos. Cuando murieron, ella y su prima, Cecily Foster, se quedaron solas en el mundo.

Cecily quería a Lucy Ellen como a una hermana. Pero suponía que Lucy Ellen se casaría y su corazón se abatía ante la idea de no tener a quien querer y cuidar.

Lucy Ellen fue quien propuso la idea de hacerse una promesa mutua y Cecily se aferró a ella con entusiasmo. Las dos mujeres, en los umbrales de la soltería, se hicieron la solemne promesa de que nunca se casarían y de que siempre vivirían juntas. A partir de ese momento, Cecily se sintió más tranquila. Para ella, las promesas eran sagradas.

Al día siguiente, en la misa de la tarde, Cromwell Biron fue recibido casi con una ovación por sus viejos amigos y vecinos. De niño, Cromwell había sido uno de los favoritos. A su regreso, tenía el esplendor adicional de lo novedoso y el brillo que da la riqueza.

Cromwell estaba radiante y efusivo. Fue hasta donde estaba el coro; Lucy Ellen se sentó a su lado y cantaron juntos del mismo libro. Dos llamaradas rojas se encendieron en las mejillas de Lucy Ellen. Tenía un ramillete de crisantemos color lavanda prendido en la solapa de la chaqueta. Parecía una adolescente. Cromwell Biron la miraba de soslayo con admiración, mientras Cecily los contemplaba con mirada furiosa desde su banco. Sabía que Cromwell Biron había regresado para cortejar a su antiguo amor.

—Pero no se casará —suspiró Cecily entre las páginas del libro de himnos. De algún modo hallaba consuelo al repetir: «Hizo una promesa».

Al bajar los escalones de la iglesia, Cromwell le ofreció el brazo con gesto ceremonioso. Lucy Ellen lo aceptó con timidez y comenzaron a caminar por la calle bajo la luz brillante de la luna otoñal. Por primera vez en diez años, Cecily regresó sola de la iglesia. Subió las escaleras y se arrojó en la cama sin prestar atención, por primera vez, a su sombrero y a su vestido.

Lucy Ellen no se atrevió a hacerlo pasar. Tenía demasiado miedo a la reacción de Cecily. Pero lo acompañó hasta el portón y permaneció allí hasta que el reloj de péndulo anunció las once. Luego, Cromwell se fue, silbando alegremente, con el crisantemo de Lucy Ellen prendido en el ojal. Lucy Ellen entró y lloró durante toda la noche. Cecily no lloró; en cambio, permaneció despierta hasta el amanecer.

—Cromwell Biron te está cortejando otra vez —le dijo con brusquedad durante el desayuno.

Lucy Ellen se ruborizó; estaba nerviosa.

—No digas tonterías, Cecily —protestó con una risita tonta.

—No son tonterías —dijo Cecily con calma—. Te está cortejando. No hay más tonto que un viejo tonto y Cromwell Biron nunca fue un hombre con demasiado juicio. ¡Qué insolencia!

Las manos de Lucy Ellen temblaron al apoyar la taza de té sobre la mesa.

—No es tan viejo —dijo con voz débil— y todos lo quieren menos tú. Es un hombre rico y además no veo por qué es insolente.

—Tal vez no, si lo miras de esa manera. Perdonas demasiado, Lucy Ellen. Te olvidas de cómo se portó contigo una vez.

—No... no... no me olvidé —titubeó Lucy Ellen.

—De todos modos —dijo Cecily con frialdad—, no debes alentar sus esperanzas, Lucy Ellen; sabes que no puedes casarte con él aunque te lo pida. Hiciste una promesa.

La luz desapareció del rostro de Lucy Ellen. Ante la crueldad de Cecily, se dejó caer extenuada; fue como si se hubiese marchitado.

—Ya lo sé —replicó con voz suplicante—. No me olvidé. Estás diciendo tonterías, Cecily. Me gusta ver a Cromwell y a él le agrada verme, porque soy casi la única que queda de sus viejos amigos. En Oriental se siente muy solo ahora.

Al decir esto, Lucy Ellen irguió la cabeza color castaña: había salvado su dignidad.

Durante el mes siguiente, Cromwell Biron la visitó a menudo sin dejarse intimidar por el antagonismo de Cecily. Octubre le abrió paso a noviembre y llegaron los días fríos y tristes. Para Cecily, el mundo exterior era el lúgubre reflejo de su corazón lastimado. Sin embargo, también solía reírse de sí misma y su risa era real, aunque amarga.

Un día, regresó tarde de la casa de unos vecinos. Cromwell Biron la encontró en el valle, bajo las ramas desnudas del arce que se recortaban en el cielo plateado por la luz de la luna.

Cuando Cecily entró en la casa, Lucy Ellen abrió la puerta del vestíbulo. Estaba muy pálida; los ojos le ardían en el rostro y tenía las manos cruzadas.

—Quisiera que entres aquí unos minutos, Cecily —dijo con voz febril.

Cecily la siguió en silencio.

—Cecily —dijo con voz débil—, Cromwell estuvo aquí esta tarde. Me propuso matrimonio. Le dije que le contestaría mañana por la noche.

Se interrumpió y miró a Cecily con ojos implorantes. Ésta permaneció junto a la mesa en silencio, erguida e inflexible. La rigidez de sus facciones y de su figura fueron como un golpe para Lucy Ellen. Extendió las manos pálidas y habló con una súbita pasión, poco común en ella.

—Cecily, quiero casarme con él. Lo... lo amo. Siempre lo amé. No pensé en esto cuando hice la promesa. Cecily, por favor, me librarás de la promesa, ¿no es cierto?

—No —fue todo lo que respondió Cecily. Lucy Ellen dejó caer los brazos y la luz de su rostro desapareció.

—¿En serio? —dijo con desesperación.

Cecily se marchó y cuando llegó a la puerta, se volvió:

—Cuando John Edwards me propuso matrimonio hace seis años, no acepté por ti. Para mí, una promesa es una promesa. Pero tú, Lucy Ellen, siempre fuiste débil y romántica.

Lucy Ellen no respondió, permanecía inmóvil y débil sobre la alfombra como un capullo al que la helada marchitó.

Después de que Cromwell Biron se marchó al día siguiente, despojado de toda su agilidad, Lucy Ellen fue hasta la habitación de Cecily. Se detuvo en la angosta escalera por un momento; la luz de la lámpara producía un efecto horrible en su rostro pálido.

—Le dije que no aceptaba —informó sin vida—. Conservé mi promesa, Cecily.

Hubo un momento de silencio. Cecily no supo qué decir. De pronto Lucy Ellen estalló de amargura:

—¡Quisiera morirme!

Luego se volvió rápidamente y cruzó el corredor hasta su habitación. Cecily soltó un quejido de dolor. Ésta era la recompensa que recibía a cambio de todo el amor que había depositado en Lucy Ellen.

—De cualquier modo, ya todo terminó —dijo con voz severa—. «Lucy Ellen se

recuperará. Cuando Cromwell se marche, se olvidará de él. No debo preocuparme. Hizo una promesa y además, ella fue quien la propuso».

Durante las dos semanas siguientes, una sensación de tragedia invadió la casita gris rodeada de abetos; era una tragedia combinada con amarga comedia, según Cecily, quien, a pesar de toda su angustia, no podía evitar divertirse ante la romántica manera que tenía Lucy Ellen de expresar su pena.

Lucy Ellen hacía el trabajo matutino con desgano y por la tarde su ánimo se abatía más. Cecily se habría sentido más aliviada si Lucy Ellen se hubiese enojado con ella, pero después de la explosión de aquella noche en que rechazó la propuesta de Cromwell, Lucy Ellen no volvió a pronunciar ninguna palabra de reproche o de queja.

Una tarde, Cecily fue al pueblo a hacer una llamada telefónica. Cromwell Biron también estaba allí y, con suma amabilidad, insistió en acompañarla hasta la casa.

Al ver que Cromwell no manifestaba ninguna alteración, comprendió que Lucy Ellen no le había explicado la razón por la cual lo había rechazado. De pronto, sintió admiración por su prima.

Cuando llegaron a la casa, Cromwell se detuvo al ver el manantial de luz que brotaba de la ventana de la sala de estar.

Allí estaba Lucy Ellen, sola, sentada cerca del fuego, con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en ellos. Su gato blanco estaba sobre la mesa, pero ella no advertía su presencia. Cecily dio un suspiro; se sintió vencida.

—Será mejor que entres —dijo con frialdad—. Lucy Ellen parece muy sola.

Cromwell murmuró con cierta timidez en la voz:

—Temo que yo no sea una buena compañía para ella. No le agrado mucho.

—¿En serio? —dijo Cecily con amargura—. Le agradas más de lo que yo le agrado a pesar de... bueno, olvídale. No tiene importancia. Fue mi culpa; ya te lo explicará Lucy Ellen. Dile que puede decírtelo. Ahora entra.

Tomó del brazo a Cromwell, que aún se resistía, y lo arrastró por los canteros de geranios hasta la casa. Abrió la puerta de la sala de estar y lo empujó hacia adentro. Lucy Ellen se levantó sorprendida. Por sobre la cabeza calva de Cromwell vio el rostro de Cecily, oscuro, trágico, decidido.

—Lucy Ellen, aquí está tu pretendiente —dijo—. Te libero de la promesa.

Cerró la puerta al ver la súbita iluminación que brilló en el rostro de Lucy Ellen y subió las escaleras; las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Ahora es mi turno de desear la muerte —murmuró. Luego rompió a llorar de una manera histérica—. ¡Y ese ganso de Cromwell! ¡Qué aturdido parecía estar, el muy tonto muerto de miedo delante de Lucy Ellen! ¡Pobre pequeña! Bueno, al menos espero que sea bueno con ella.